

posteridad, les trajo otro resultado tristísimo tambien y vergonzoso, qual fué la esclavitud y sujecion al demonio, quien no los sujetó por violencia ni por alguna fuerza irresistible con que los superase, sino porque ellos quisieron sujetársele, porque le prestaron la fé que no debian, y porque voluntariamente siguieron sus consejos contra la palabra de Dios. Aquel pecado no fué sino uno, el mismo que se nos comunicó á todos desde que fuimos concebidos en el vientre de nuestras madres, y que cada uno hizo propio suyo desde entonces; y como no hay pecado sin que haya voluntad de cometerlo, es cierto que de alguna manera consentimos en él desde que se cometió, y que Adan, en quien pecamos todos, como dice la Sagrada Escritura, no solo consintió en él con su voluntad propia, sino tambien con la voluntad general de su posteridad, á la que representaba como padre comun de todos.

17. Pues bien, entre las palabras con que Dios maldijo al demonio, luego despues de cometida la culpa á sugestion suya, se leen las siguientes, que hacen al intento de que tratamos: *Por quanto has hecho esto*, le dijo, *enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas á su calcañal*; y como tampoco hay enemistades entre los que de alguna manera convienen entre sí, parece claro, segun la palabra del Señor, que habria una mujer, cuya voluntad no hubiese entrado de modo alguno en la voluntad general con que se cometió la culpa, es claro que el linaje de esta muger no entraria jamas ni se contaria en el número de

los desgraciados cuya voluntad se representó por nuestro padre comun.

18. El demonio para introducir el pecado en el mundo y manchar con él á todos los hombres, se dirigió por delante á Eva, la habló y la sedujo, y él y ella causaron la perdicion y desgracia de Adan; pues de la misma manera el castigo debia de comenzarle por otra mujer y completársele por el Hijo de ésta: *Enemistades pondré*, se le dijo, *entre tí y la mujer, entre tu linaje y su linaje*.

19. Por otra parte es cierto y de fe, que solamente Jesucristo, el Hijo de María, fué el linaje santo que con virtud propia y con poder irresistible venció al demonio y triunfó de su malicia; y hé aquí, señores, una señal cierta é indudable de que María su Madre Santísima fué la mujer privilegiada con la que el demonio estaria en enemistad perpetua; pero sin que pudiese jamas ni tocarla con su hálito, ni seducirla con su astucia, y ni aun levantar los ojos para verla, porque tambien estaba predicho que ella quebrantaria su cabeza y lo sujetaria bajo sus plantas: *Ipsa conteret caput tuum*.

20. Es verdad que esta victoria contra el demonio la obtuvieron tambien nuestros primeros padres despues de su penitencia: que la lograron asimismo los justos de la antigua ley, todos por su fe y esperanza en Cristo por venir, y que la consiguieron igualmente los que despues de su venida fueron reengendrados en él; pero es cierto lo primero, que el linaje de la mujer que estaria en enemistad perpetua con el demonio, fué principalmente Jesucristo, en quien se cumplieron

á la letra y en toda su plenitud las palabras y anuncios del Señor; y es cierto lo segundo, que la victoria de María se anunció al mismo tiempo y bajo una misma sentencia que la de su Hijo, aunque María no hubiese de vencer sino por los méritos de éste.

21. Cuantos vencieron y han de vencer al demonio, todos sin escepcion lograron y lograrán el triunfo por Jesucristo Redentor de todos; pero no confundamos lo que la gracia obró en María con lo que obró en nosotros. Ella y todos los hombres no tenemos sino un solo Redentor Jesucristo; mas á nosotros nos redimió, sacándonos de la culpa en que habíamos caído: á María la redimió preservándola para que no cayese, y lo que nosotros logramos despues de que ya tuvimos vida, en María se cumplió desde que comenzó á tenerla, á semejanza y por los méritos de su Hijo: *Enemistad pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje.*

22. Yo creo, señores, que de esta gracia particular y de este privilegio propio suyo habló principalmente María en el cántico que en accion de gracias dijo, inspirada del Señor, al oír los elogios de Isabel: “Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador; porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo el nombre de él.”

23. ¿Qué salvacion es esta, ó amados míos? ¿Qué tiene de particular para que por ella llamen á María bienaventurada todas las generaciones? ¿Qué dones son estos grandes y magníficos que la concedió el Podero-

so, el Santo? La redencion es verdad que es un bien inestimable, obra mayor que la creacion del mundo, y obra asimismo de la bondad y santidad de Dios; pero es un bien comun, y no seria un título particular para que por él llamasen todos los redimidos feliz y bienaventurada á María, si no fuera por el modo con que en ella y no en otro alguno, se obró esta redencion. Unos fueron libertados por los méritos del Salvador de todo pecado mortal, como Jeremías y los Apóstoles despues de que recibieron el Espíritu Santo: otros lo fueron de todo pecado actual, como los niños que mueren despues del bautismo antes del uso de la razon: el Bautista lo fué de todo pecado mortal y venial; pero ninguno sino María fué preservada del pecado original; y por esto en ella y no en otro, hubo un título que le diese una felicidad y bienaventuranza que ninguno otro tuvo.

24. Todas las gracias por comunes que parezcan, fueron particulares en María, porque todas se dirigian á prepararla para que fuese digna Madre de Jesucristo; dignidad incomprendible, pero que sin embargo no escluye otra dignidad y felicidad mayor; porque en efecto, mas grande y mas bienaventurada fué María por las gracias con que la dispuso el cielo y por su correspondencia á estas gracias, segun las palabras de Jesucristo: *Quinimmo beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

25. María, como os decia yo antes, es un bien para el género humano, y la eleccion que de ella se hizo para que fuese Madre de Jesucristo, se dirigia á que tuviésemos por ella un Redentor que nos sacase del

cautiverio del demonio, que nos purificase de la culpa, que nos diese la libertad de hijos de Dios, y que nos adquiriese el reino que habíamos perdido; así es que esta elección hecha de María para Madre de Jesucristo, fué una gracia encaminada directamente á nuestro bien, utilidad y provecho; mas la gracia que la santificó y acompañó siempre desde su animación, se dirigía á hacerla agradable á los ojos de Dios y á unirla con él como á su último fin; y cuanto Dios es grande y escelso sobre todas las criaturas, tanto es mas grande y escelso lo que á él se dirige que lo que se dirige á nosotros, y por la misma razón tanto así seremos mas bienaventurados por la gracia que con él nos una que por la gracia que nos traiga otro bien, cualquiera que sea.

26. Esta felicidad de unirse con Dios, de verlo y de gozarlo, al mismo tiempo que es la mayor que puede haber, es tambien la que á todos se propone y con la que á todos se convida; Dios nos llamó con su vocación santa para que fuésemos inmaculados, y de su voluntad nos engendró con su palabra de verdad: sin pensarlo nosotros y sin mérito nuestro se acordó de nuestra miseria, nos visitó y nos ofreció la vida que nos presentó en Jesucristo su Hijo.

27. Nuestra felicidad, por esplicarme así, ya no dependió despues de esto sino de nosotros; pero ¡ah! amados míos, ¡cuánto debemos al cielo! ¡y cuánto mas afortunados somos á pesar de la miseria á que nos redujo el pecado, que lo que fueron nuestros primeros padres antes de su culpa! Ellos en medio de las delicias del paraíso, tuvieron á un perverso que causó su ruina y desgracia, induciéndolos á que se rebelasen contra su

Criador; y nosotros, concebidos y envueltos en miseria, tuvimos en María, no solamente la Madre de nuestro Redentor, sino tambien un ejemplar santo y perfecto del modo con que debíamos corresponder á las gracias del cielo.

28. No faltó á María quien le anunciase, no bienes imaginarios y falsos, como los que el demonio propuso á nuestros primeros padres, sino bienes reales y verdaderos, grandes é inefables. Un ángel del cielo la llama Señora, que esto quiere decir María, la saluda llena de gracia, le asegura que era amable ante Dios, y le predice los misterios santos que en ella habian de cumplirse; María, sin embargo, no mira en sí sino los beneficios del cielo, y en medio de los justos elogios que oía de la boca del ángel, reconoce lo que ella es y lo que es Dios y se llama esclava suya. Isabel la publica feliz y bienaventurada; y ella convierte en alabanzas de Dios esta misma felicidad y bienaventuranza, y su alma engrandece al Señor. Isabel la llama Madre de su Dios, y ella se llama redimida y su espíritu se regocija en Dios su Salvador; y no contenta con llamarse simplemente esclava del Señor, como se habia llamado ante el enviado del cielo, hace ver la dimisión incomprensible de su alma, y se llama esclava baja y humilde.

29. ¡Cuántas virtudes, señores, no se advierten en solos estos dos sucesos de la vida de María! y si nunca podremos tenerlas en un grado tan perfecto, debemos no obstante imitarlas hasta donde podamos; ninguno hay á quien el cielo no haya concedido innumerables bienes de naturaleza y de gracia, comunes y par-

ticulares: pues el reconocimiento, la gratitud y la acción de gracias son la justa correspondencia que merecen por nuestra parte.

30. Todas las virtudes tienen relacion entre sí; pero hay algunas que las tienen tan estrechas, que jamas andan separadas, de manera que en donde existe alguna de estas virtudes amigas, es preciso que allí tambien existan sus análogas y correspondientes; tales son, por ejemplo, la castidad, la caridad, y la humildad, y por esto decia San Isidoro: *Custos castitatis charitas, locus autem huius custodis humilitas*. No hay verdadera caridad sino en el humilde; ni tampoco hay castidad ni pureza alguna sin la caridad.

31. María, pues, llena de gracia, santa y bendita: María agradable á los ojos de Dios, unida á Dios y templo de su grandeza, ¿cómo podria no ser humilde y la mas humilde de las criaturas? En todo busca á Dios y lo engrandece; en todo confiesa su dependencia de Dios, su Salvador, y casi no hay virtud que así resplandezca en sus acciones y palabras como la humildad.

32. Jóvenes, aquí teneis otras virtudes que imitar; ellas son las que mas particularmente convienen á vuestro estado, y las que mas que otra cosa cualquiera deben daros seguridad de que es sincera vuestra piedad y devocion.

33. El temor santo de Dios, por último, hijos míos, este temor casto y amable que no se engendra por el miedo de la pena sino por la fealdad de la culpa, el mismo que hace que un buen hijo no se asuste por el castigo de su padre sino por su disgusto y ofensa; este temor, digo, es el principio, es la corona, es la pleni-

tud de toda virtud y sabiduría. Dios por su bondad nos llama, y de su voluntad nos convida con su gracia; pero su santo temor es el que nos conserva y perpetúa sus beneficios. No soy yo, amados míos, el que os da esta seguridad; la misma que el cielo os dió por modelo de toda virtud es la que os dice, que la misericordia del Señor se fija de generacion en generacion sobre los que le temen.

34. Dejo ya, pues, de seros molesto; os he anunciado el Evangelio, y las palabras del Señor son bastantes para vuestra instruccion y aprovechamiento. Ellas hicieron que una mujer del pueblo prorumpiese en elogios de Jesucristo y de su Madre Santísima; y cuanto yo os he dicho para contentar vuestra piedad, todo se reduce á estas pocas palabras dirigidas á Jesucristo: *Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste*. De la misma manera, cuanto yo os puedo desear para vuestra santificacion y felicidad eterna, es, que en vosotros se cumplan tambien los anuncios y palabras del Santo Hijo de María: *Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan*. Así sea.





42

00